

Pombal instituye la compañía de Oporto para la exportacion de vinos; sublevacion; represion terrible.

Al cabo de poco tiempo, imaginó el ministro crear en Oporto una poderosa compañía para la exportacion de vinos, y no como se ha dicho para enriquecerse por medio de la venta de un privilegio importante, sino para hacer entrar en el tesoro sumas considerables, para simplificar el impuesto sobre las bebidas, para reanimar la marina nacional, y para disminuir el contrabando: el satisfactorio ejemplo de las dos compañías que Pombal habia fundado para el Oriente y para el Occidente le animaba á obrar de este modo, creyendo además servir á los pequeños propietarios al fijar el precio de los vinos segun una tarifa uniforme, fundada en el valor medio de los diez últimos años; y aunque semejante institucion sea susceptible de alguna crítica, es lo cierto que solo tuvo por objeto el bien público. Sin embargo, las innumerables calumnias que no tardó en suscitar contra Pombal, el descontento de los extrajeros y la envidia de que fué objeto la nueva compañía, no tardaron en producir una terrible insurreccion, en lugar de las justas reclamaciones que los negociantes de Oporto hubieran podido elevar contra el monopolio. El populacho saqueó los almacenes de la compañía y la casa del director, deshonorándose con los mas punibles excesos, hasta el punto que fué preciso á los franciscanos intervenir en el asunto, prometiendo al feroz populacho que intervendrian á su favor cerca del monarca.

Pombal tuvo en aquellas circunstancias la desgracia de no poner límites á su venganza, de modo que su severidad degeneró en injusticia. ¿No le bastaba acaso castigar á los gefes de la rebelion, sin rechazar por esto las súplicas de los comerciantes, sin declarar criminales á cuantos se habian demostrado contrarios al monopolio de la compañía, sin tratar á Oporto como á una ciudad conquistada, sin oponer á los comentarios de que eran objeto sus rigores, la prohibicion absoluta de hablar contra el gobierno, y sin recompensar considerablemente á los delatores? Pombal merece realmente los elogios de la posteridad, puesto que prestó á su país inapreciables servicios; ¿pero quanto mas admirable hubiera sido si no hubiese llevado tan allá su poder,

si no hubiese reinado en medio del silencio y del terror, y si no hubiese inscrito la delacion entre sus mas poderosos medios de gobierno? Sin embargo, la situacion en que se hallaba el país, y las dificultades con que tenia que luchar, pueden servirle de excusa; aborrecido por los nobles á causa de su cuna y de su liberalismo, de los inquisidores por su tolerancia, del pueblo por su severidad y sus doctrinas, y de los ingleses por sus incesantes esfuerzos contra su omnipotencia comercial, creyó no deber guardar consideracion alguna con sus implacables enemigos, y marchó directamente á su objeto, que no era otro que el engrandecimiento de su país.

La alta nobleza conspira contra José á fin de derribar á Pombal.

El rudo castigo que acababa de experimentar la segunda capital del reino, puso á Pombal al abrigo de todo movimiento popular; pero no sucedió lo mismo con los grandes, los que irritados con la reciente destitucion del ministro Cortereal, no cesaban de elevar á la corte sus quejas y hasta sus amenazas. Léjos de hacer caso de ellas Pombal, desterró á los hombres mas ilustres de la oposicion, y La Cerda, Souza, Marialva y un Braganza expiaban en el destierro algunas palabras proferidas imprudentemente. Los nobles renunciaron en lo sucesivo á toda demostracion de descontento, y para destruir la tiranía que no se atrevian á atacar de frente, resolvieron dirigirse contra el que elevara á Pombal.

El gefe de la conspiracion era uno de los mas nobles señores de Portugal, el duque de Aveiro, hijo segundo de la ilustre casa de Mascarenhas, marqués de Sovea, y sobrino del poderoso monge Gaspar, á cuyo favor debia el cargo de gran-maestre. Su odio hácia Pombal, era su pasion dominante. ¿Pero donde hallar cómplices, sin despertar las sospechas del vigilante ministro? El duque de Aveiro se aprovechó del encono secreto que la poderosa casa de Tavora alimentaba contra José I, á causa de ser la jóven marquesa de Tavora favorita del rey. Su marido y sus parientes se apresuraron á tomar parte en los proyectos del duque de Aveiro, queriendo lavar en la sangre del ofensor, la mancha impresa en su nombre. El dia escogido para la ejecucion del complot fué el 3 de setiembre de 1758, sabiéndose que el rey se dirigiria casi

solo desde la *quinta do meio á la quinta da cima*, para encontrar en este punto á la jóven marquesa de Tavora. Los conjurados en número de ciento cincuenta, se dividieron en grupos á lo largo del camino que el monarca debía seguir, á su regreso, debiendo disparar al pasar el coche real.

Todo se realizó conforme las esperanzas de los conspiradores; el rey pasó en efecto, á la hora indicada, en una carroza tirada por dos caballos, y sin más compañía que el postillon y su ayuda de cámara, D. Pedro Teixeira, intendente ordinario de sus placeres; mas el primer tiro de carabina faltó (dicen que fué disparado por el duque de Aveiro), y el postillon echó á correr á través de los campos, mientras que Teixeira colocaba á su soberano en el fondo del coche y lo cubria con su cuerpo. El rey debió la vida á la sangre fria de sus dos servidores, bien que recibió tres heridas entre la espalda y el codo derecho. A continuar el camino hubiera perecido infaliblemente porque los conjurados eran muchos y estaban armados con carabinas cargadas de metralla.

El monarca en vez de entrar en Belen, mandó que le condujesen á la Junquiera, y despues de haberse confesado, permitió que le hiciesen la primera curacion; luego regresó á su palacio, teniendo cuidado de embozarse con la capa de uno de sus guardias, por temor de que se supiese el acontecimiento que por poco le cuesta la vida. Pombal no tardó en llegar al lado de su rey.

El resultado de la larga conversacion tenida entre el monarca y su ministro, fué disipar lo mas pronto posible los vagos rumores que empezaban á circular sobre una tentativa de asesinato, y acoger con benevolencia las protestas de los nobles, hasta las del mismo Aveiro, el cual solicitaba ya el honor de recorrer la provincia al frente de numerosos ginetes para buscar á los culpables. Pombal demostró la misma ignorancia, y viéndole perseverar en una conducta tan contraria á su carácter, los conspiradores llegaron á persuadirse de que el gobierno tenia alguna poderosa razon para no divulgar el gran peligro en que habia estado el monarca. Así pues, solo uno de ellos huyó, al paso que los demás afectaron la mas completa tranquilidad.

Terrible justicia del ministro; su triunfo.

Esgañosa confianza. Mientras que los culpables se creian amnistiados, Pombal buscaba incesantemente las huellas de la conjuracion, y despues de seis meses de esfuerzos y trabajos, las descubrió todas, gracias á las revelaciones de uno de sus criados relacionado con una de las sirvientas de la casa de Tavora.

El poderoso ministro daba á la sazón magnificas fiestas con motivo del matrimonio de su hija con el hijo del conde de Sampaio, y parecia que solo pensaba en regocijos, cuando se esperece la noticia de que el duque de Aveiro, los Tavora, y algunos otros señores, han sido arrestados como cómplices de la conjuracion tramada contra la vida del rey, habiéndose ya instituido un tribunal para juzgarles. Semejante noticia, que afectaba naturalmente á la mayor parte de la nobleza portuguesa, puso súbitamente fin á los placeres; de aquel proceso dependia la caída de Pombal, ó la ruina de la nobleza.

La nobleza sucumbió; porque además de que Pombal habia tenido la mira de someter los acusados á un tribunal escepcional, el tribunal de Inconfidencia, las pruebas escritas de la conspiracion no le faltaban. «Yo apruebo vuestro deseo, decia uno... para exterminar la autoridad del rey Sebastian es preciso destruir la de José»... «Excelencia, decia otro, si teneis necesidad de un actor para la nueva pieza, yo os ofrezco mis servicios; sobresalgo en la tragedia, y me muero de deseo por representar el papel de Bruto.» Las confesiones que hicieron luego los acusados, en medio de los tormentos, confirmaron plenamente los cargos que pesaban sobre ellos. José María de Tavora fué el único que permaneció silencioso.

La única táctica de los acusados fué negar que sus ataques se dirigiesen contra el rey, pues aseguraban que solo se dirigian contra el ministro. Pero en esta asercion, solo se vió un nuevo medio de atenuar su crimen y de ofender á Pombal. Al cabo de ocho dias de debates, el tribunal pronunció su sentencia.

Faltaba fijar la pena, supliendo así á la ley portuguesa que no habia previsto tal crimen. Aquella fué terrible: el día 13 de enero, al rayar el alba, se levantaba un inmenso cadalso delante de la casa del mismo duque de Aveiro, y cinco regimientos ocupa-

ban todas las calles contiguas á la citada casa. Diez conjurados subieron uno tras otro al patíbulo, ya para ser estrangulados, ya para ser decapitados, ya para morir bajo la maza, ya para ser crucificados. Cuando todos hubieron dejado de existir, el verdugo subió al cadalso una estatua de tamaño natural, la cual era la imágen del solo conspirador que habia huido, y fué quemada junto con los cadáveres de los sentenciados, cuyas cenizas fueron arrojadas al mar.

Entre las víctimas de tan inexorable como cruel justicia, la anciana marquesa de Tavora y su hijo se distinguieron por su intrepidez. Este habia sufrido los mas horribles tormentos sin confesar cosa alguna, cuando su padre, atormentado como él, le dijo que era inútil el negar, porque él lo habia confesado todo. «Me habeis dado la vida, y podeis quitármela» exclamó el jóven, y confesó su complicidad. En cuanto á la marquesa, vió con estoica mirada todos los preparativos del suplicio, y cuando la hubieron vestido la sombría hopa pidió el desayuno; su confesor le hizo presente que no debia ocuparse en semejantes ideas y contestó: «Tiempo hay para todo» y comió tranquilamente. Luego que llegó al pié del cadalso, quisieron sostenerla los que estaban presentes, y les dijo: «Os doy las gracias, no he sufrido el tormento como los demás.» Mientras sabia la fatal escalera, su marido le echó en cara, llorando, los males de su familia, y le contestó: «suportadlos como yo y no me acuseis.» Colocada por fin en el sitio terrible, dió al verdugo la señal de herir, y cuando su cabeza se desprendió del tronco, se la veló con un paño de seda á fin de ocultar al enternecido pueblo la vista de aquellos miserables restos. El duque de Aveiro, al contrario, murió cobardemente; no era mas que un ambicioso.

Varios nobles fueron reducidos á prision, y otros lograron fugarse, entre estos, hubo uno que habiéndose refugiado en Holanda, recibió la órden de regresar á Lisboa, con la positiva promesa de perdon; pero contestó que no lo haria, en cuanto todos los médicos á quienes habia consultado, le habian asegurado que no podria vivir sin cabeza. En cuanto á la jóven marquesa, causa de tantas desgracias, José I no quiso volverla á ver; fué relegada á un convento, y el rey la olvidó para entregarse á nuevos amores.

Pombal ataca á los jesuitas.

Pombal triunfaba. Los nobles quedaban humillados. Faltaba solo disminuir el poder temporal del clero, cuya hostilidad no era menos temible que la de la nobleza. Pombal no desesperó de salir con bien del proyecto, con tal de que no le faltase el favor del monarca, y precisamente acababa este de darle evidentes pruebas de su afecto nombrándole conde de Oeyras, y permitiéndole rodearse de guardias como en otra época hicieron en Francia, Richelieu y Mazarino.

Para someter al clero, resolvió Pombal atacar ante todo á la compañía de Jesus en la cual aquel se personificaba, y por lo tanto dirigióse contra ella el poderoso ministro; además de algunas quejas que habia causado la conducta de los jesuitas, recientes acontecimientos les habian enajenado parte de la opinion pública, puesto que habian rechazado el tratado que entregaba el Uruguay á los portugueses, en cambio de Sacramento, sublevado contra él á las tribus indias, y defendido por medio de las armas un territorio al cual la misma Castilla habia renunciado sólemnemente. En vano un cuerpo de cuatro mil hombres habia intentado imponerles la observancia de lo estipulado; los indigenas rehusaron otros señores que no fuesen los padres jesuitas.

Al saber Pombal esta insurreccion, se apresuró á enviar á América á D. Francisco Javier Mendoza, su hermano, con el título de capitán general gobernador de Maranhá y del Gran Para (1753) y con las fuerzas que se creyeron necesarias para comprimir la sublevacion. Al examinar Pombal detenidamente el asunto, no dudó de que en efecto todas las dificultades de la situacion provenian de los jesuitas, pues dueños del Paraguay y del Uruguay, en donde habian fundado un poderoso imperio, no podian resolverse á perder una parte de él, legitimando su resistencia el cariño de los pueblos sometidos á su gobierno. Olvidaban solamente que dependiendo del rey de España, no poseían en propiedad los vastos países que administraban, y que era facultativo de la corte de Madrid el disponer de ellos segun le conviniese y no segun los intereses de sus vasallos.

Sin embargo, el gobernador no sabia qué partido tomar, porque los jesuitas eran poderosos, no solamente en la América me-

ridional, sino tambien en Europa, en Roma y en la misma Lisboa. Incapaz de vencerles en el Paraguay, se dirigió á Pombal para que procurase rebajar su poder en Portugal, pues su derrota en América solo se podria conseguir á este precio. Filósofo y ministro, Pombal siguió muy gustosamente este consejo, y aprovechó al momento la resistencia de los jesuitas para enagenarles el afecto del rey, y como no transigia jamás, echó poco á poco de palacio á cuantos estaban empleados en él. Para prevenir la cólera de Roma, derramó por todas partes una *relacion exacta de la conducta de los jesuitas en el Paraguay y de sus intrigas en Lisboa*, encontrando Pombal por auxiliares de su plan, á todas las órdenes rivales y á los partidarios de las nuevas ideas.

Este atrevido ataque, tuvo un éxito completo, y Benedicto XIV no se atrevió á rehusar á Pombal un breve de visita y de reforma para los jesuitas de Portugal. El cardenal Saldanha, encargado de esta inspeccion, les hizo bastante daño, declarando haberse introducido muchos abusos en la casa de los jesuitas. Desde entonces llovieron las calumnias sobre aquellos religiosos antes tan temidos, y como se podia contar con la benevolencia de Pombal no escasearon los libelistas ni los detractores.

Pombal les mezcla en la conjuracion de Aveiro y les expulsa (1759).

Cuando le pareció la pública opinion bastante preparada, Pombal resolvió dar el golpe decisivo, aprovechando la ocasion de la conspiracion de Aveiro.

Sabido es que el duque de Aveiro y casi todos sus cómplices, tenian por confesores á los jesuitas. El proceso demostró, á lo que se dice, que antes de cometer el crimen, los reos habian consultado á los tres reverendos padres, Malagrida, Alejandro y Mattos, los cuales les habian asegurado que la muerte del rey no llegaria á ser un pecado venial. Pombal no quiso saber mas, y sin tomarse el tiempo necesario para averiguar la exactitud de la respuesta, y en caso de ser verdad, si era solo un hecho aislado de aquellos confesores, presentó á la firma del rey un decreto encerrando á los jesuitas en sus casas, sometiéndoles á la mas estricta vigilancia, hasta tanto que se decidiese de su suerte.

Despues de dos meses de negociaciones con la corte de Roma.

Pombal levantó el arresto de los jesuitas (16 de setiembre y 28 de octubre de 1759), y les hizo embarcar en número de doscientos cincuenta y cinco. Los buques que los conducian se dirigieron á Italia, y solo quedaron en Portugal los tres casuistas á quienes habia recurrido Aveiro. El padre Malagrida pagó por todos, y á pesar de sus setenta y dos años fué entregado á la Inquisicion, condenado á muerte, y ejecutado por la justicia secular (20 de setiembre de 1761), no como regicida, sino como apóstata y falso profeta.

Pombal obtiene mas tarde la abolicion de los jesuitas; reconciliacion con Roma.

De este modo sucumbió en Portugal el poder de los jesuitas, y con él la supremacia del clero; pero conociendo Pombal los inmensos recursos de que aquellos disponian en los demás puntos, trató por todos los medios posibles de obtener de las demás cortes católicas, la misma proscripcion con que el Portugal los habia expulsado de su seno. No le costó mucho lograr su objeto, y los jesuitas que tenian á la sazón por enemigos, no solo á los partidarios de la filosofía francesa y de la economía política, sino tambien á gran parte del clero y á muchos gobiernos, fueron expulsados de todas partes hasta de Roma (21 de julio de 1773).

Sin embargo, la corte de Roma habia visto en un principio con disgusto la caída de los jesuitas portugueses, y trató de demostrar su descontento, ya renovando la bula *Unigenitus*, ya haciendo el elogio de la compañía, ya, en fin, beatificando al padre Rodriguez. Pombal contestó á esto con un manifiesto al Papa sobre los limites del poder espiritual, al mismo tiempo que mantuvo en vigor los decretos expedidos, y habiendo el nuncio Acciajuolo, dejado de iluminar su palacio el dia de las bodas de la infanta doña María, le intimó que saliese del reino. En vista de tan grave determinacion pudo temerse un cisma, y tal vez se hubiera este verificado sin la prudencia de Clemente XIV. La corte de Roma no recobró todos sus privilegios el dia de la reconciliacion, porque si Pombal consintió en el restablecimiento del tribunal del nuncio, fué bajo la condicion de instituir tambien un tribunal encargado de hacer respetar los de-

rechos reales, y decretando que en lo venidero, ningun breve, ninguna bula, ni ningun escrito pontificio, seria valedero sin la prévia autorizacion del gobierno secular.

Una nueva guerra colóca à Portugal bajo el protectorado de Inglaterra. (1761-1763); organizacion del ejército.

Mientras Pombal hacia sentir el peso de su autoridad á la nobleza y al clero, no se mostraba menos zeloso de la independencia nacional, con respecto á la misma Inglaterra. Aconteció esto durante la guerra de los siete años, y el almirante francés La Clue, despues de haber bizarramente luchado con algunos buques contra toda la escuadra inglesa, buscó un asilo en el puerto de Lagos en los Algarbes, donde los ingleses le persiguieron apesar de la proteccion del pabellon portugués. Pombal no pudo resignarse á sufrir semejante ultrage, y habló con tanta energía, que la corte de Londres, á pesar de la inmensa superioridad de sus fuerzas, consintió en dar la satisfaccion pedida. Pombal hizo un gran bien al hacer respetar el derecho de los neutrales, el único papel y la única garantía que quedaba á los Estados secundarios en las luchas de las grandes potencias Europeas.

Así pues ¡cual debia ser la pena del filósofo ministro, cuando en 1761 la España y la Francia, unidas íntimamente por el pacto de familia, resolvieron volver sus armas contra los portugueses, á fin de lastimar los mas caros intereses de la Inglaterra! A causa de la negativa de la corte de Lisboa de acceder á la alianza de todos los Borbones (18 de mayo de 1762), cuarenta mil hombres invadieron Tras os Montes, y amenazaron no detenerse hasta los muros de la capital. Jamás habia amenazado á la nacion portuguesa mas inminente peligro, desde la época en que Felipe II la colocó entre las provincias de su vasta monarquía.

Para rechazar agresion tan formidable, José I no tenia mas allá de siete mil hombres, mal equipados, y peor disciplinados, un poco de caballería y alguna artillería. Pombal, que no era amigo de la guerra, y que habia practicado siempre como primera ley de su política continental la paz con España, nada habia hecho en este ramo, y preciso le fué dirigirse á la Inglaterra, la cual se apresuró á designar al conde de Lippe-Buckebourg, y á enviar un cuerpo de ocho mil hombres.

Poco era esto, contra cuarenta mil soldados españoles y doce batallones de franceses auxiliares que mandaba el príncipe de Beauveau, y los primeros triunfos de los confederados fueron rápidos. Miranda, Braganza, Outeiro, Chaves, Treixel, Almeida y Villadelha cayeron en su poder, y no dudaban los españoles de concluir su marcha al pié de las murallas de la conquistada Lisboa, aun cuando los portugueses les hubiesen tomado Valencia de Alcántara.

Pero la loca confianza que les inspiraban sus fáciles victorias, la indisciplina, la falta de municiones, y sobre todo la notoria incapacidad del viejo marqués de Sarriá, que avanzaba al azar á través de las provincias portuguesas, se opusieron á la realizacion de tan halagüeñas esperanzas. El conde de Lippe (el gran conde, como lo llaman los portugueses) que aprendiera á hacer la guerra en la escuela de Federico II, y en las grandes luchas de la Europa central, supo aprovecharse de las faltas del victorioso ejército, y adoptó el plan de resistencia que permitia el triste estado de sus tropas, reducido á no presentar ninguna batalla, á hostigar incesantemente á los españoles, á aprovecharse de las dificultades materiales que presentaba el terreno, y á resucitar el antiguo encono del campesino portugués contra la dominacion castellana, al mismo tiempo que se dedicaba á organizar y á instruir á los soldados de José I, y á mantener la buena armonía entre estos y los auxiliares ingleses, quienes se portaban tan mal, que diariamente sucumbian un buen número de ellos bajo la indignacion universal que sus excesos inspiraban.

El conde de Lippe habia calculado bien, y obstinándose en su sistema á pesar de las acusaciones de que era objeto, no tardó en contener y despues en rechazar á los españoles. Como estos vacilasen en pasar de nuevo la frontera, encargó Lippe al conde Hamilton que forzase el campamento del general Alvarez, y fué tal el éxito de este ataque, que el marqués de Sarriá no se atrevió á sostener la campaña, y se replegó rápidamente sobre Alcántara, regresando á Castilla al cabo de pocos dias. Tal fué el resultado de la gran expedicion que podia arrancar el Portugal á la corte de Londres, y que por una deplorable falta de prudencia y habilidad, fué causa de que se ligasen mas estrecha-

mente aun los dos gobiernos. Bien pronto se tuvo la triste prueba de ello, pues cuando en 1763, las cortes de Francia y España firmaron el vergonzoso tratado que investía decididamente á la Gran-Bretaña con el imperio de los mares, el Portugal solo figuró en él como protegido por Jorge III, no haciendo mas que adherirse á las resoluciones de las tres grandes potencias! ¿Qué debía pensar entonces el ilustre ministro, cuya idea dominante habia sido la independencia de su país?

Pombal, que se habia esforzado en impedir esta desgraciada guerra, supo al menos sacar de ella una excelente leccion, y confió al conde de Lippe el cuidado de organizar el ejército portugués; el conde se prestó á ello con buena voluntad, y al cabo de algunos años, el Portugal contaba con veinte y cuatro regimientos de infantería, con doce de caballería y cuatro de artillería, bajo el modelo de las tropas prusianas, reputadas entonces por las mejores de Europa, ejército que podia servir algun dia para rechazar las nuevas agresiones de Castilla, y tambien para sacudir la onerosa proteccion de la misma Inglaterra, y que era ya un elemento considerable del poder de Portugal.

Continúan las reformas; prosperidad y civilizacion.

Sin embargo, las grandes reformas continuaban, unas en provecho de la agricultura, de la industria, del comercio, de la marina y de la hacienda, que tan maravillosos progresos hicieron en manos de Pombal; y otras, en el interés de la civilizacion.

Entre las últimas era la mas importante la que tenia por objeto la educacion de la juventud, puesto que de ella dependia el porvenir; la expulsion de los padres jesuitas, que tenian el monopolio de ella, habia desorganizado completamente este gran servicio público, y Pombal trató de restablecerlo sobre nuevas bases, secularizando la enseñanza, de la cual el clero habia dispuesto hasta entonces, y dando gran importancia á los estudios matemáticos.

Con este objeto, creó el colegio real de nobles (1766), instituyó escuelas elementales y profesionales en beneficio de los hijos del pueblo, fundó la escuela de comercio, dotó á mas de ochocientos maestros para la enseñanza gratuita, y reformó la célebre universidad de Coimbra, en la que se habian introducido muchos abu-

sos, y que por consiguiente no se hallaba al nivel del siglo (1772). El mas ardiente deseo de Pombal, era que ninguna ciudad, ningun pueblo, estuviese sin profesores para instruir á la juventud. ¡Glorioso deseo que debieran haber alimentado los sucesores de Pombal! Pombal fué el primero en creer que la ignorancia es el peor mal de un país, y si no logró vencerla, agradezcámosle el que luchara constantemente contra ella.

A esta reforma de la educacion nacional, siguieron gran número de medidas secundarias, como por ejemplo, estimular la imprenta y hacer que se tradujesen las mejores obras francesas, imponer un subsidio anual en favor de las letras, y decretar la supresion de muchos conventos inútiles, cuya renta se aplicó, ya á los establecimientos de beneficencia, ya á la restauracion del bello convento de la Mafra, con el objeto de fundar en él una congregacion capaz de rivalizar con la de los Benedictinos franceses de San Mauro. Cómo hermanar estas ideas tan liberales, con la censura real ejercida sobre todos los libros, con la quema de las obras de Raynal y con tantos otros decretos? El carácter de Pombal, lo mismo que su talento, estaba lleno de contrastes, y temia, á menudo como ministro, las teorías que amaba como filósofo.

Las leyes portuguesas no eran mucho mas satisfactorias que la educacion, y Pombal aplicó á este mal el oportuno remedio; restringió el derecho de las manos muertas, disminuyó las jurisdicciones eclesiásticas, enalteció la fuerza de la autoridad paternal en materia de matrimonios, destruyó las antiguas listas de la inquisicion, alzando la infamia de cuantos nombres figuraban en ellas, suprimió la odiosa distincion de cristianos nuevos y viejos, á fin de que *los portugueses, hijos de una misma iglesia, fuesen todos hermanos de un mismo cuerpo*. Además, el deseo de Pombal era reunir en un solo código todas las costumbres del reino, ordenarlas, corregirlas y dejar de este modo al país un bello monumento de legislacion regular. La misma Francia se hallaba aun muy léjos de esta hermosa unidad de legislacion; Montesquieu se quejaba de que se mudaba de leyes á cada *relevo de tiro*, y fué precisa la revolucion para destruir este caos. Pombal no tuvo tiempo para llevar á cabo tan laudable proyecto, y si legó este honor á sus herederos, le corresponde sin embargo le gloria de haberlo iniciado.